

Antonio García
Velasco

El pueblo de los misterios

1. La joven que todo lo sabe

En cuanto aparqué el coche en la plaza del pueblo, se me acercó una joven de expresión extraña y acogedora, vestida de manera muy sencilla con falda amplia y blusa, con pelo recogido en simple cola de caballo, de ojos grandes, negros, profundos, hermosos:

-La señora a la que usted busca salió del pueblo hace dos días. Y no ha regresado aún.

Fue mi sorpresa como la de quien se cae de una escalera sin haberse subido a ella.

- ¿Quién eres? ¿Cómo sabes a quien he venido a buscar?

Porque, ciertamente, venía con la intención de ver a Carmela Bravo. A tratar de encontrarla, pues nuestras relaciones habían quedado truncadas por mi culpa. Tras un breve y eterno tiempo de soledad y silencio, de abandono y dudas, de preguntas e indagaciones, me había dado cuenta de que mis sospechas eran infundadas y de que, por otra parte, ella tenía derecho a investigar aquello que le atrajera por disparatado que pudiera parecernos al resto de los mortales. Se había venido a este pueblo apartado y medio abandonado porque, según sus notas, dadas sus condiciones geofísicas y electromagnéticas, podrían existir evidencias de visitas de seres de otros planetas. Yo estaba persuadido de que el contacto de Carmela con aquella Sociedad Internacional de Ufología u ovnilogía no podía conducirla a nada bueno, a la locura, tal vez. Sobre todo, no me gustaban sus visitas frecuentes a Vicente Díaz, el presidente de esta sociedad. Me partía en dos dolidas y desgarrantes mitades el entusiasmo con el que hablaba de los conocimientos de este individuo, de su sabiduría, de su preparación, del convencimiento con el que defendía la existencia de ovnis y visitas de extraterrestres. No, en absoluto, me hacía gracia que, tras sus ausencias de horas, me viniera con aquella euforia comentando lo aprendido del tal Vicente. Ni una enamorada quinceañera hablaría con tanto arrebató de su amor exaltado. No podía aguantarlo, no podía sufrirlo, de veras, que fue superior a mi voluntad. Las discusiones se sucedían y ella, cansada de mis impertinencias, decidió abandonarme. Algunas de sus notas olvidadas en los cajones de su mesa de estudio me revelaron el lugar, este pueblo, en el que podría estar.

-Yo lo sé todo -dijo la joven, sin aparente presunción, con una naturalidad incomprensible para mí.

-Tendrá que alojarse en mi casa -añadió.

-Tengo habitación reservada en la fonda -respondí dirigiendo la mirada hacia el edificio cercano al aparcamiento de mi coche.

-No le será posible ocupar esa habitación.

Porque, apenas había terminado la frase cuando un pavoroso estruendo nos hizo volver la cara hacia el establecimiento de hospedaje. El estruendo de un impacto nos conmocionó, como, supongo, a todos los habitantes del pueblo. El techo del edificio había sido perforado por una especie de proyectil venido del cielo. No causó daños personales, pero, según pude averiguar, la habitación que reservaban para mí quedó destrozada, junto a otras: la llamada Fonda Lora resultó inhabitable por lo que la familia que la regentaba y los huéspedes del momento tuvieron que ser realojados en casas de vecinos voluntarios.

-Lo dije: tiene que venirse a mi casa.

La miré extrañado. ¿Quién era? ¿Qué pretendía? ¿Por qué ese interés en que me hospedara en su casa? ¿Cómo había adivinado el destrozo de la fonda? ¿Lo habría provocado ella? Y si era así, ¿qué poderes la asistían?

- ¿Sabías lo que iba a ocurrir?

-Yo lo sé todo -repitió con la misma firmeza de antes- ¡Vamos! -ordenó haciendo ademán de subirse al coche.

Accioné la llave para abrir las puertas y, aun antes de que yo hiciera lo propio, se instaló en el asiento del copiloto.

Cuando hube arrancado dijo:

-La primera bocacalle, a la izquierda. Después a la izquierda nuevamente. Y baje hasta el final. La casa que sigue a la última de la acera derecha es la mía.

2. Cerrado del Valle

El pueblo Cerrado del Valle tiene apenas ochocientos habitantes, acaso ni llega a los setecientos cincuenta. Está situado en un pequeño valle, a orillas de un afluente llamado Guadabí, de escaso caudal en verano y desbordamientos frecuentes en invierno. Las montañas que lo rodean son escarpadas y pobladas de arboleda y matorral. La tierra de cultivo es relativamente escasa, aunque muy fértil.

Desde la puerta de la casa de Rosario Granados se divisa un monte lejano sobre el que se asientan las ruinas de lo que fue un castillo. Aparqué el coche junto a la fachada de un edificio aparentemente vetusto, separado de la última casa de la calle por una parcela en la que crecían árboles frutales y cultivos de huerta.

-Es mi casa. Y la suya desde hoy. Aunque si hemos de convivir, te hablaré de tú desde este momento -dijo al bajar del vehículo.

Durante el trayecto desde la plaza, me había dicho su nombre y que vivía con su abuela. En el pueblo las llamaban “las brujas”, si bien las respetaban y no se metían con ellas, salvo, a veces, la chiquillería que, al menor gesto de respuesta, huían a todo correr.

-Estaba segura de que ibas a venir y por ello te esperaba en la plaza.

- ¿Y qué interés es el que te despierta mi persona?

-Los lazos afectivos que te unen a Carmela Bravo. Las relaciones amorosas que habéis mantenido, que mantendréis.

- ¿Ella te ha hablado de mí?

-No, pero lo sé todo de vosotros. No tenías motivos para desconfiar de ella.

-Es verdad. Y por eso vengo a buscarla. Quiero que me perdone, que nos reconciliemos.

-Le hiciste mucho daño con tus celos.

Cada vez me admiraba más aquella joven que, con toda naturalidad, hablaba de mí o de Carmela, de saberlo todo, de mostrar un empeño inusitado en hospedarme en su casa. Saqué mi maleta del coche y la seguí.

-Abuela -llamó al abrir la puerta.

Y, al punto, apareció María Zainqui, mujer mayor que Rosario, sin duda, pero de edad imprecisa, tanto por la apariencia como por la disposición y desenvoltura con las que procedía:

-Muy buenas, señor Prados, lo esperaba. Ya tiene su cuarto preparado. Confío en que se sienta cómodo en esta su casa.

¿Quién le había dicho mi nombre a esta mujer, su nieta por comunicación telepática o es que también ella lo “sabía todo” como la joven? No salía de mi extrañeza, de mi estado de intriga permanente.

Me condujeron a la habitación: amplia, amueblada con gusto de hotel de cinco estrellas, con baño interior, con conexiones para el ordenador, con televisor de pantalla plana último modelo... No podía dar crédito a lo que me estaba ocurriendo, a lo que tenía ante mis ojos.

-Dúchese, descanse de su viaje... dentro de dos horas lo llamaremos para la comida.

Aunque, profundamente afectado por mi pasmo, acerté a decir gracias. Se retiraron las dos, cerraron la puerta y me dejaron a mis anchas entre aquellas confortables paredes y la pesadumbre por mis inquietantes dudas y admiraciones. No me vino mal una ducha, un cambio de ropa y un rato de relax tumbado en la cama.

Los cuatro cuadros que adornaban la habitación tenían motivos estelares: constelaciones, planetas, lunas girando en torno a su astro madre, una ciudad monumental y desconocida. Absorto en la contemplación estaba cuando me llamaron.

-La comida es vegetariana, como a ti te gusta -me anunció Rosario mientras me acompañaba hacia el comedor. También nosotras somos vegetarianas. Consideramos una abominación matar animales para, luego, comerse sus cadáveres.

-Personalmente me hice vegetariano tras reflexiones similares.

Rosario aparecía ahora con un vestido impecable, aseada y peinada con naturalidad y buen gusto. No llevaba maquillaje, pero estaba realmente hermosa. Su abuela, salvando la distancia de la edad, también se había vestido para la ocasión y resultaba elegante y de llamativa figura.

- ¿Por qué les llaman “las brujas”? -pregunté mientras me servían la sopa.

-La gente califica despectivamente todo lo que no comprende o ignora.

-Es muy extraño lo ocurrido en la fonda.

-Tenía que evitar que te hospedaras en esa casa.

- ¿Provocaste tú el accidente?

-Nadie iba a resultar herido y, por otra parte, los dueños tienen asegurados su vivienda y su negocio.

-No comprendo el interés.

-Ya lo entenderás, hijo mío, ya lo entenderás -dijo María.